

Francisco Ayala

Cazador en el alba
Historia de macacos
La niña de oro y otros relatos



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Texto revisado por la Fundación Francisco Ayala.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Elizabeth Carolyn Richmond de Ayala, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-904-2
Depósito legal: M-5.019-2020
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

CAZADOR EN EL ALBA

Cazador en el alba

- 13 Carta a los editores
19 Cazador en el alba
55 Erika ante el invierno

El boxeador y un ángel

- 73 El boxeador y un ángel
80 Hora muerta
94 Polar, estrella
105 Susana saliendo del baño
107 El gallo de la Pasión
109 Medusa artificial
121 A Circe cinemática

HISTORIA DE MACACOS

- 125 Historia de macacos
180 La barba del capitán
189 Encuentro
204 *The Last Supper*
212 Un cuento de Maupassant
228 El colega desconocido

LA NIÑA DE ORO Y OTROS RELATOS

- 251 Y va de cuento

1. El prodigio y otras invenciones
 - 259 El prodigio
 - 268 Los inocentes
 - 272 El loco de fe y el pecador
 - 278 En memoria de un gato gris
 - 282 El filósofo y un pirata
 - 287 Retrato de un caballero
 - 297 Incidente
 - 302 Violación en Nueva York
 - 305 Mi mala suerte en el autostop
 - 309 El secreto de la diosa
 - 311 La niña de oro
 - 313 No me quieras tanto
 - 316 Evocación y escarnio de la chinche
 - 326 Nostálgico recuerdo del gorro de dormir, la bacina y la bolsa de agua caliente
 - 330 Un pez
 - 339 Un caballero granadino
 - 343 El turista dormido
 - 345 Cuento Viejo

2. Dulces recuerdos y otras ficciones
 - 355 Dulces recuerdos
 - 367 Una boda sonada
 - 384 El as de Bastos
 - 399 Violación en California
 - 411 El camino de nuestra vida
 - 424 Una Nochebuena en tierra de infieles, o Son como niños
 - 444 El rapto
 - 503 Glorioso triunfo del príncipe Arjuna

- 517 La Biblioteca Francisco Ayala de Alianza Editorial:
Un universo literario, Por Carolyn Richmond

Cazador en el alba

Cazador en el alba
(1930)



Retrato de Francisco Ayala por Alfonso Ponce de León (1930).

Carta a los editores

Mis queridos amigos:

Insistís en que escriba unas páginas autobiográficas para este libro. Algo que, ciertamente, no quisiera hacer, por más que sea norma de la colección a que ha sido destinado.

¿Cómo vosotros, editores, habéis dispuesto esa trampa a la vanidad para que escritores, uno tras otro, vayan cayendo en ella? ¿Por qué esa perfidia de ofrecer tan adecuada oportunidad al escritor para que evidencie con cuánta frecuencia no es sino un pobre hombre, ignorante de su propia inanidad vital?

Artistas ingeniosos, todos los que me han precedido en el uso de la palabra, afrontaron –y vencieron, por supuesto– el grave peligro, satisfaciendo la voraz curiosidad del público acerca de sus personas; o bien lo eludieron, escurriendo el bulto, tapándose la cara.

Yo, por mí, quiero hacer algo más fácil: excusarme.

Porque, mis buenos amigos: ¿creéis que en estos años de formidables biografías y autobiografías, pueda yo relatar al público, con ánimo apacible, mis pequeñas cuestiones domésticas? Aún no he cazado leones en África, no he intervenido nunca ni en la más modesta revolución, ni fui yo el primero en cruzar el Atlántico por el aire. Podría solo hacer memoria de cuando era un pequeño cazador de lagartijas, intervenía en pedreas de barrio o cruzaba el río huyendo del colegio. Y la verdad es que no vale la pena de repetir una vez más la vieja canción. Para cuando realice algo de aquello o cosa semejante, prometo desde ahora referirlo con puntual minuciosidad. Por el presente, mis viajes interiores, mis exploraciones y descubrimientos no son, en modo alguno, de interés general. Me reservo el derecho a la intimidad —el primero entre los derechos del hombre—, aun cuando un hombre que da sus escritos o sus actos al público, solo hasta cierto punto puede invocar tal derecho o, al menos, hacerlo efectivo.

Biografía es el curso de las anécdotas a lo largo de una vida; biografía es también el curso de las peripecias intelectuales y sentimentales y también las mismas, momentáneas actitudes. En una obra literaria —para concretarnos al caso— hay de todo esto.

Pues bien: ahí están esas dos pequeñas novelas, en tal aspecto, autobiográficas. Uno escribe siempre su propia vida, solo que, por pudor, la escribe en jeroglífico; y cuánto mejor si lo hiciera sobre piedras funerarias, lapidariamente, buscando la descarnada belleza del epitafio —encerrar la vida en una bala o en un cohete, en un epigrama—.

Mi vida no es, sin embargo, escribir: está hecha, además, de otras hilazas. Cada día y cada hora me repugna más el escritor afanoso, ese tipo que escribe sin tener que decir nada que aspire a ser fundamental. También me repugna el escritor inapetente, la especie de farsantería de no querer parecer lo que se es –escritor– o de querer parecer lo que no se es –escritor también–, a que su inapetencia responde.

Ahí están esas dos pequeñas novelas. *Cazador en el alba* contiene una visión clara, ilusionada y frutal del mundo. *Erika ante el invierno* tiene asimismo un corazón frutal, sí; pero madurado. Nubes bajas han puesto de repente seria la faz del cielo. La técnica es semejante en ambos opúsculos; pero la postura espiritual ha cambiado casi imperceptible, por lo mismo que radicalmente. Son dos ciudades; es un año de intervalo...

Ahí están, digo, esas dos pequeñas novelas. Autobiografía pura. Y antes de ellas, pura autobiografía, dos párrafos de dos cartas auténticas, escritas en el mismo día, dos aspectos del mismo humor, dos momentos sentimentales.

Ya es bastante. Demasiado. ¿Debo decir aún: «Nací en Granada, el día 16 de marzo de 1906...», etcétera?

Siempre vuestro,

Francisco Ayala
Madrid, diciembre, 1930

...y yo, que llevo ahora el luto dorado de los toreros, y la cabeza caída sobre una delgada corbata de sangre; yo, que ando fascinado por las punteras de mis botas de charol hacia el ruedo de espeso, tinto, amargo vino donde debe lidiarse mi pena negra...

(De una carta a una amiga mexicana.)

Aus Spanien, schicke ich Ihnen einen iberisch wilder Stier aus Andujar, in Erinnerung von ibrem andujaner Stierkämpfer oder, besser, Banderillenanstecker.

(De una carta a una señora alemana.)

Cazador en el alba

Uno

Todos sabemos que es peligroso, en los días de nieve, acercarse demasiado al oso hambriento de la peletería. Todos hemos seguido alguna vez por la carretera el rastro de una serpiente, hasta encontrar un neumático de bicicleta muerto, estrangulado en el borde. Todos nos hemos conmovido un poco ante esos grandes osarios de bombillas eléctricas, ante esos montones de escombros, de latas vacías, de botellas rotas, donde hay también un ramo de flores mojado y un peine sin púas.

Pero no todos han visto los latidos del cielo furioso, espoleado por los erizos brillantes que clavan en sus hijares largas espinas; ni oído a los gallos aldeanos cuando tocan diana con las agrias trompetas de la Caballería española. No todo el mundo ha saboreado la carne rosa de las auroras boreales –tan parecida al jamón de Chicago–, ni ha

galopado hacia los amplios horizontes de azufre, en cuyo límite se deshilachan madejas de humo...

El soldado Antonio Arenas ignoró lo que oculta el vientre de los estanques, la lucha de clases y la selección natural de Darwin, hasta que la fiebre le fue mostrando sus descabalados trozos de *film*, desplegó ante su vista sus catálogos y le ofreció a prueba sus mercancías.

Entonces comprendió el soldado Antonio Arenas que las realidades puras solo son visibles a la temperatura de 40 grados centígrados, y que cuando Dios quiere hacerse escuchar, derriba del caballo a los jinetes, aunque no siempre ocurra el accidente en el camino de Damasco.

Con la cabeza despavorida, inflamada, pueden atarse los vientos tráfugas, las imágenes rotas, las ideas sueltas. Y su cabeza pendía de una garganta reseca, tan reseca como una caña tronchada: pensamientos sin bridas ni freno arrastraban su cuerpo, estribado, por la tierra amarilla, negra, ocre.

La sangre le trotaba en las arterias; pez cautivo, quería romper a coletazos la red circulatoria, y evadirse. Patrullaban por sus venas flechillas de «aire comprimido»: ahora lentas, ahora disparadas.

Gritos lejanos le perseguían en su involuntaria fuga. Sus ojos y los de su caballo sacaban astillas a los perfiles de los edificios, estremecían los árboles y desgarraban las zaleas del cielo.

Una voz normativa, como los alambres del telégrafo al margen del camino, autoritaria, implacable, insistía siempre:

–¡Alta la cabeza! ¡Juntas las manos!

Almidonadas enaguas de sol se abrían en los tragaluces. Tiasas enaguas de sol, tendidas en las cuerdas del aire.

El sol asediaba la sala, perro sediento de su oscuridad. Lanzaba dardos, introducía espadas por las rendijas, hacía impactos en la pared frontera.

Tras el muro, el campo se agrietaba, crujió; los árboles, escasos, levantaban sus brazos delgadísimos de morabito...

Abrir una ventana hubiera sido echar en la sala, entre dos camas, un metro cúbico de luz compacta. Las ventanas cerradas solo consentían el ingreso de superficies blancas como pliegos de papel.

Gota a gota se filtraba el silencio (un silencio de hospital: químicamente puro). Las palabras chocaban como cristales insolubles dentro de un vaso, o ya insípidas, destiladas, se deshacían sin dejar rastro.

–El médico ha dicho...

–Sí. Pero los enfermeros dejaron abierto el grifo...

El soldado Antonio Arenas notaba que sus brazos y sus piernas, licuados, huían como huye el agua por una tubería rota. Su cuerpo se dispersaba, gavilla desatada en un ribazo, e invisibles gallinas mecanográficas picoteaban sus sienas.

Las batas de los enfermeros eran tan blancas como la luna de la madrugada. Y la madrugada se improvisaba, nubosa, en el hospital con los copos de algodón sobrantes, bien extendidos sobre el papel azulrecio del cielo.

Los pianos tienen un *stock* de notas reservadas en sus teclas negras. ¿Suenan las pisadas también sobre las baldosas negras? El soldado Antonio Arenas abrió los ojos.

El rostro del médico avanzaba, todo raso, impecable, como el anuncio de un jabón de afeitar. Se fue acercando, hasta asomarse al suyo, pálido, con el ademán de quien se asoma a un estanque.

El médico tenía una mirada de plomo, que le obligaba a entornar los párpados; una mirada pendular, de ojo clínico, que oscilaba sobre el enfermo y revolvía el légamo de su fondo morboso.

Antonio exprimió entre los labios el agrio limón de su propia sonrisa.

—¿Qué tal?

—Bien —susurró.

Una estrecha faja de esparadrapo le ceñía el cerebro. Atrás, en la herida, el pelo tirante, como la coleta de un torero, le producía un dolor grato, fácil.

Dedos duros —de superior jerárquico— recorrieron y presionaron su cabeza.

—Nada. Este, que siga lo mismo.

El torso del médico, cruzado de correas, se dobló sobre otra cama, y Antonio respiró tranquilo, hundido.

Formas remotas, coloreadas a tintas planas, se precipitaron en su memoria, o quizá en su fantasía. Mientras que un ansia divina (de posible soldado difunto) le hinchaba el pecho, aeróstato impaciente. Se sentía oprimido por el aire. Llamado a la solemne y severa presencia de Dios, cultivador de estrellas.

¡Cómo se sobrecoge el alma de un recluta cuando se sabe llamado a una tan solemne, severa y estrellada presencia!

Ver a Dios: un milagro que puede verificarse cualquier día. Basta un momento de debilidad para, jinete caído, encontrar con la cabeza –como un balón que rueda escaleras abajo– todas las aristas de la quebrada tierra. La cólera de un caballo, su espanto, es suficiente para ello.

Una risa soterrada, hecha con las burbujas de su anhelo, le anegaba la garganta.

¿Dónde puede encontrarse a Dios? En todas partes; donde menos se espere. No se sabe qué paraíso mostrará el cristal de esa barraca de verbena pintada de rojo, de verde. Ni qué capciosa promesa puede encerrar en su vientre la maleta de aquel orador, mercader ambulante, que reúne al público en las esquinas...

Sus párpados, lentos glaciales, resbalaron por el cristal de sus ojos. Habían naufragado en un sueño absoluto, sin playas. Se había quedado dormido en la blancura fresca de un olor a heno.

Las acorchadas paredes del sueño aíslan de la realidad circundante, pero permiten telecomunicar con la irrealidad. Antonio sintió pronto envuelta la cabeza en los tibios algodones de un aliento espeso: su caballo, como el de un beduino herido, acudía a su lado para contemplarle con ojos tiernos de ferocidad ausente. Ligero, triste y dócil como el caballo de un beduino, se había acercado a él, sordas las pisadas en la arena del sueño. Tenía el cuello amplio; la crin, corta; la mirada, cuando no turbia, de Apocalipsis, era una mirada de égloga. En su piel estaba dibujado el caprichoso mapa de Marte –planeta– con canales, continentes e islas nunca vistos.

Antonio se replegó, inhibido. No podrían obligarle a cabalgar, ahora que estaba dormido, que sus miembros eran de plomo y que el Sahara había sido arrasado por la fiebre...

... De improviso se encontró despierto. Clarividente y solo. El olor a heno se precipitó en olor a ácido fénico. Las camas, quietas, junto a la pared, tenían los anchos lomos cubiertos de gualdrapas blancas.

Las horas elásticas, los minutos, se alargaban hasta lograr delgadeces increíbles.

Sus miradas recorrían la muda superficie del techo. Compases, escuadras y cartabones dibujaban en aquel estanque helado difíciles paisajes, itinerarios complicados. Patinaba en finos esquís su imaginación; volvía, giraba, ebria de trayectos. La blancura contagiosa del techo borraba pronto el rastro delicado; regeneraba la idéntica nieve.

Copos ardientes se posaban más tarde en sus ojos –fatigados perros de trineo– y le hacían refugiarse en el cultivo de recuerdos frágiles, menos vivos cuanto más lejanos.

Prefería levantar la frágil sombra de los sucesos dentro del coto de su experiencia castrense; cobrar piezas peligrosas en la zona del tiempo, limitada al Sur por su cuerpo caído, y al Norte por la indecisa, ondulante línea del tren militar.

El tren militar le había incorporado sin transición a un ritmo veloz que no conocía. Todo en él estaba hecho al paso suave, palmípedo, del campesino. Allá, en el cam-

po, las estaciones tornan, como las cuatro pintas de la baraja, despacio: hasta apurar la última copa, hasta quemar en la chimenea el último basto...

El tirón, el silbido, el duro arranque del ferrocarril le habían puesto sobre otra marcha. Sobre una sucesión atropellada de los días inexorables y nerviosos como escuadrones de Caballería.

Dos cintas de paisaje habían desfilado a derecha e izquierda; los reclutas se habían paseado por las curvas del horizonte. La luna, ahogada en una charca, sin sangre, sola, quiso acompañar un rato a la expedición...

Al verse entre tantos desconocidos, tan semejantes –compañeros cuyo nombre ignoraba, pero cuya edad conocía–, Antonio Arenas había renovado en sí propio la sensación agobiante de los transportes de reses por ferrocarril, de esos vagones llenos de ojos húmedos y lomos marcados, que él viera pasar durante una época de su vida, clausurada ya en este mismo día.

Si alguien le miraba, sonreía; porque la sonrisa le esmerilaba el rostro y le defendía como una cortina de agua...

Desembarcado, incorporado al fin, una sensación persistió, tiempo adelante, no en su memoria; en su piel, como un tatuaje. El metro de metal le había hecho sufrir, rodeando su pecho desnudo, el escalofrío de ese explorador centroafricano ahogado por una serpiente.

Tras el sutil abrazo, un enjambre de cifras, insectos nacidos en la conjunción de la pluma y el papel, había volado, zumbando, a su alrededor.

Y desde entonces tuvo la noción clara, numérica, de su recién adquirida personalidad.